

ESCENARIOS

fts Facultad de Trabajo Social



REVISTA DE TRABAJO SOCIAL Y CIENCIAS SOCIALES



LA FORMACIÓN POSGRADUAL EN TRABAJO SOCIAL: REFLEXIONES DESDE UN PENSAR SITUADO

María Eugenia Hermida¹

RESUMEN

El artículo propone un conjunto de reflexiones desde un pensar situado para revisar las propuestas de formación posgradual en Trabajo Social. Realiza una crítica a la preeminencia del contenido por sobre las formas de la enseñanza, proponiendo un modelo no bancario de enseñanza de teorías críticas. Revisa los criterios de selección curricular, ordenamiento y puesta (o no) en relación de los diversos enfoques críticos de y para Trabajo Social. Denuncia la invisibilización de las teorías del pensar situado (feminismos del Sur, pensamiento nacional y nuestroamericano, crítica pos/des/ colonial) y el carácter de curriculum nulo que adquieren en el posgrado. Propone su incorporación para hacer frente a los desafíos profesionales actuales. Recupera la noción de matriz, de cartografías y de lo *ch'ixi* para pensar la formación posgradual en las propuestas críticas contemporáneas de Trabajo Social.

Palabras clave: Formación posgradual; Matrices críticas del Trabajo Social; Pensar situado; Feminismos del Sur; Trabajo Social Decolonial

ABSTRACTS

This article proposes a set of thoughts from a situated thinking, in order to analyze the designs of postgraduate education in Social Work. It develops a criticism on the preeminence of the contents over the forms, proposing a non banking model of education in the teaching of critical theories. It revisits the criteria used in the curricular selection, the organization and the establishment (or not) of relationships between different critical approaches from and for Social Work. The paper denounces the invisibilization of situated thinking theories (southern feminisms, national and nuestroamericano thinking, post and de-colonial approaches) and the character of null curriculum they get in postgraduate training. It proposes their incorporation to face the contemporary professional challenges. It retrieves the notions of matrix, cartographies, the *ch'ixi*, to think postgraduate education in contemporary critical approaches on Social Work.

Keywords: Postgraduate training; Critical Matrices of Social Work; Think situated; Feminisms of the South; Decolonial Social Work

Recibido: 03/12/2019 · **Aprobado:** 10/02/2020

¹Licenciada en Servicio Social. Especialista en Docencia Universitaria. Doctora en Trabajo Social. Docente, investigadora y Directora del Departamento de Trabajo Social de la UNMDP.

Áreas temáticas de investigación: Perspectivas descoloniales y feministas en Trabajo Social. Formación en Trabajo Social.

Dirección postal: Giacobini 3068, Mar del Plata, CP: 7600.

E-mail: mariaeugeniahermida@yahoo.com.ar

Presentación

Escribir una contribución para el Seminario sobre el área central del Programa del Doctorado en Trabajo Social (FTS-UNLP) que se realizara en mayo de este 2019 y que contara con la presencia de destacados/as colegas, implicó un verdadero desafío y una profunda alegría. Supuso la oportunidad de clarificar (y tensar) ideas propias, ejercer la atenta escucha de los aportes de mis colegas, y ampliar los horizontes de un debate urgente y necesario para nuestra disciplina: el de los sentidos y alcances de nuestras propuestas de formación posgradual, y el sitio que en ellas encuentran (o no) las diferentes matrices críticas de pensamiento.

En esa línea fue que aquel encuentro representó para mí algo de lo mejor de nuestro oficio. Me refiero a la capacidad que tenemos en Trabajo Social para tensar los límites de la agencia hasta brindar condiciones de posibilidad al acontecimiento (Badiou, 2009). En este caso, promover el encuentro de colegas referentes de distintas tradiciones, reunidos/as en pos de un objetivo no menor: la escucha y el intercambio en relación a las matrices críticas de y para el Trabajo Social. Romper con la lógica neoliberal² en sus múltiples ramificaciones y expresiones, viene siendo parte del enorme desafío frente al que el Trabajo Social se encuentra. Y aquel encuentro promovió un gesto de resistencia a ese orden.

Me refiero al hecho de que esta iniciativa se da en el marco de (y como un gesto de resistencia a) un sistema académico impregnado por la lógica neoliberal de la meritocracia, de la competitividad, donde el saber se convierte en mercancía, evaluada por los criterios de la epistemología del Norte global que siempre se aviene a las premisas del mercado, en un campo como es el científico, tan bien descripto por Bourdieu (1999), donde el capital que prima es el de “hacerse un nombre” para “determinar” qué es ciencia y qué no, donde la diversidad y el *desacuerdo* como ya expresara Cazzaniga (2015) citando a Rancière (2010) es visto como un disvalor y no como una potencialidad. Y fue allí, en núcleo mismos de esa escena, que apareció aquel oasis: un encuentro para que trabajemos colaborativa y constructivamente, en revisar nuestras herramientas, nuestros supuestos, nuestros horizontes formativos, para animarnos a la reinención, a ver si hay que dar un volantazo o si hay que abrazar aun con más fuerza lo que venimos haciendo, si hay que abrir, si hay que soltar, si hay que recuperar, si hay que trazar nuevas cartografías.

La coyuntura nos encuentra hoy como cuerpos deseosos de ejercer nuestro derecho a la resistencia y a la construcción también en este frente que es el de la formación posgradual. Remarcamos junto con nuestra Ley Federal de Trabajo Social 27072/14 que ejercer la docencia y la investigación son incumbencias profesionales, trincheras (siempre conectadas con otras trincheras) desde las cuales promover derechos, desmontar lógicas tanáticas, recuperar saberes, transformar las condiciones de desigualdad.

Desde las perspectivas en las que me nutro, apelando a un pensar situado, creo que no es menor detenernos a registrar este suelo por el que nuestros pies caminan y este aire que tajea los rostros de las subalternidades que componen la escena de la intervención del Trabajo Social. No se trata de avenirse a las múltiples modas que circulan por las pasarelas de la academia. Se trata de ver hasta qué punto nuestras teorías son espejos que distorsionan lo que reflejan, o discursos con capacidad performativa para la crítica y la transformación. Pensar qué implica hoy formar Doctores/as en Trabajo Social, y en ese marco, qué debates, saberes, preguntas, problemas ubicar en el área central de esta carrera posgradual, de las matrices teóricas del Trabajo Social, es para mí todo un acto de intervención.

Si la crítica en Castoriadis (2000, p. 147) tal como recupera González Saibene (2011, p. 3) implica “la puesta en duda de las representaciones admitidas colectivamente”, este ejercicio de reflexividad en el mejor sentido del término, es fundamental. Preguntarnos qué es imperioso recuperar en el territorio que es el aula, en el marco de un doctorado, es una pregunta disciplinar, pedagógica y a la vez profundamente política. Porque reproducimos representaciones respecto de qué es lo crítico en Trabajo Social, que hoy con urgencia reclaman ser repensadas. Y el entramado que las organizadoras del evento tejieron representó una oportunidad única para escucharnos, aprendernos, enseñarnos, desarmarnos y volvernos a armar, colectiva y litigantemente frente un sistema perverso, como es este proyecto de la crueldad y de las cosas en contraposición al de los vínculos, del que Rita Segato (2016) nos habla.

²Valen ya algunas primeras reflexiones relativas a qué designa, qué clarifica y qué distorsiona el significante mismo de lo neoliberal (y sobre este punto creo que tenemos mucho que agradecerle como colectivo a Susana Cazzaniga, Ana Arias, Paula Meschini y Melisa Campana). Desde mi perspectiva lo neoliberal hoy, expresa ciertas singularidades que adquiere la colonial-patriarcal-modernidad capitalista, sobre todo cuando ponemos el acento en las lógicas de la gubernamentalidad que actualmente operan y sus efectos en la construcción de subjetividades individuales y colectivas y proyectos de resistencia y/o construcción.

La crítica *hacia adentro*: Interpelaciones al sentido común académico

Propongo someter a debate dos representaciones colectivas que gozan en general de buena salud en la formación posgradual, y que me gustaría revisar: una relativa al lugar de la didáctica en este nivel de estudios, y la otra vinculada a la cuestión de la coherencia epistemológica.

El problema de la definición “de qué es enseñar y qué es lo enseñable” en el nivel posgradual de doctorado.

En mi experiencia académica he constatado cierta tendencia a que el interés y la legitimidad del campo de saberes vinculado a lo pedagógico-didáctico vaya perdiendo lugar a medida que los niveles educativos crecen. Parece que necesitamos muchísima didáctica en el jardín, mucha en la primaria, algo en la secundaria, y al llegar a la universidad la pregunta por cómo enseñamos y cómo aprendemos se deslucen frente al brillo del saber canónico de la cátedra, frente a los galardones de los púlpitos académicos y las meritocracias científicas. Nuestros sistemas de selección y acreditación tienen problemas para ponderar y relacionar el oficio de la docencia y el de la investigación que, como ya explicara Aquin (2006), son aunque constitutivamente vinculantes, diferentes en sus lógicas y estrategias.

¿Quién puede ser docente posgradual? En principio y ante todo un docente/ investigador posgraduado de nivel igual o mayor al que se enseña. Su posgraduación debe dar cuenta del campo temático sobre el que reclama expertiz. Pero bien puede ser que nuestros/as docentes doctorales no hayan tenido la oportunidad de atravesar una sola escena educativa que tenga por objeto primero hacerse la pregunta sobre el acto educativo. Y a este hecho sumémosle esta representación a la que aludía, respecto de que en la Universidad lo que importa es la “magistralidad” del profesor y no su saber ser docente³. El enciclopedismo decimonónico goza de buena salud como otros tantos artefactos positivistas. La Ilustración sigue proveyéndonos las metáforas: ¡*Ese docente es brillante!* ¡*Es el que más sabe del tema!* Si nos detenemos a desarmar lo que hay detrás de esas “representaciones admitidas colectivamente” de las que hablaba Castoriadis, en la academia, tendríamos para escribir una docena de artículos.

A lo que me estoy refiriendo es no sólo a la centralidad del docente, sino también a la impronta contenidocéntrica y bibliocéntrica. Pensar los seminarios de un doctorado implica habitualmente como supuesto previo, pensar qué contenidos (reunidos en qué enfoque) y qué bibliografía que lo sustente poner en juego. Pensamos el contenido más que la forma. Y quiero aquí recuperar a Deleuze (2009), quien afirma que escribir no es sólo darle forma a una materialidad preexistente. Él afirma que forma y contenido no pueden escindirse, y por mi parte adhiero fervientemente a esta idea, sobre todo cuando la ponemos en juego en el aula. Enseñar algo así como un enfoque crítico implicaría hacernos la pregunta respecto de cómo enseñarlo, y de si es posible hacerlo desde una pedagogía bancaria. Si enseñamos igual neurociencias, Escuela de Frankfurt, hermenéutica, feminismo... si el esquema es el mismo, si la forma es la misma y lo que cambia es el contenido, entonces creo que hay algo que aún no estamos pudiendo objetivar, transformar. Frente a la pregunta que nos convoca, respecto de la revisión del área central del Doctorado, relativa a las matrices teóricas del Trabajo Social, podemos animarnos a discutir no sólo los contenidos que en esa área se trabajarán, sino también las formas en que lo harán. Preguntarnos qué brindan las instituciones en las que trabajamos a esos colegas brillantes, para que además de brillar, enseñen. Pensar una didáctica del Trabajo social en el nivel posgradual. Construir hipótesis respecto de dónde estamos y desde allí estrategias para intervenir. Es decir: hace Trabajo social, pero esta vez dentro de nuestros propios dispositivos. Eso que hacemos en la intervención en lo social, hacerlo en la academia, en vez de asumir las prácticas decimonónicas. Pensar el programa de un seminario como hipótesis. Pensar la intervención en el territorio -aula posgradual. No escindir forma de contenido. Reconocer a ese otro la de intervención docente, recuperar sus saberes y trayectorias, idear estrategias de reflexión colectiva y colaborativa, construir grupalidad, darnos tiempo para la deconstrucción y no solo para la transmisión de determinados contenidos. Esto no es un exhorto contra las clases magistrales. ¡Cuánto hemos aprendido todos/as de ellas! Nos brindan un conjunto de saberes, preguntas, nos hacen experimentar cosas... Son imprescindibles. Pero si queremos apostar a trayectos posgraduales en Trabajo Social que tiendan a fortalecer el carácter crítico de nuestra disciplina, creo que las clases magistrales no pueden brindarnos todas las respuestas. Que tenemos que armar otras escenas en el territorio-aula posgradual además de la de nuestros/as estudiantes escuchando más o

³ Los aportes de Finkel (2008) y de Rancière (2007) y sus críticas de las representaciones en torno al “buen docente” aportan densidad y argumento a lo que aquí me permito simplemente esbozar.

menos embelesados. Acá, como en tantas otras situaciones, Trabajo social tiene unas genealogías, una impronta, un estar de determinada manera en la academia, trasgresor, desprejuiciado, transdisciplinar. Trabajo Social está aquí, en la academia, soportando la herida narcisista como dice González Saibene (2011) de no tener "objeto", es decir, Trabajo social tiene una posición intersubjetiva muy potente para reinventar la docencia posgradual, desenmascarando los supuestos y efectos nocivos de las meritocracias, armando ronda, escuchando.

El problema de la "clasificación" y la "combinación": La existencia de enfoques, la coherencia epistemológica y la aversión al eclecticismo

En la academia tenemos cierta compulsión por las clasificaciones. Ya Foucault (1968) retomó esa pieza de culto de literatura, en la que Borges se burlaba de este gesto de pretensión ordenadora. Pocas veces nos preguntamos qué ganamos clasificando, por ejemplo los enfoques epistemológicos del Trabajo Social, y mucho menos nos preguntamos qué sacrificamos en el altar incuestionado de la coherencia epistemológica. Pareciera que necesitaríamos saber más que cualquier otra cosa "desde donde" hablamos, o desde donde habla el/la otro/a, reificando ese objeto que por momento llamamos paradigma, o también enfoque, tendencia, marco teórico, proyecto ético-político... una suerte de plataforma que simplifica hacia dentro y hacia fuera un conjunto disímil y contradictorio de ideas y sentires que rigen parte de lo que pensamos, decimos, deseamos y proyectamos. Cada vez me genera más interrogantes ese gesto que a su vez, vivo reproduciendo. En algún momento me contenté con la explicación del valor didáctico de presentar de forma ordenada un conjunto de posiciones y sus características, para poder "enseñar" de manera "neutral" las distintas miradas, a fin de que cada estudiante "elija" en cual situarse. Y cada vez más me resulta más sospechoso este gesto. Mi descontento se lo debo sobre todo al shock que me produjo el encuentro con los feminismos del Sur, como experiencia, como práctica, como sentir. ¿Podemos "elegir" nuestra posición teórica en una suerte de mercado de enfoques, como cuando vamos al almacén a elegir qué llevaremos para la cena?

La posición epistémica, desde la epistemología alternativa feminista negra, es un reconocimiento de la propia situacionalidad, y de las marcas de la herida patriarcal, racial y de clase que intersectan en nuestros cuerpos. Posicionarnos es abrazarnos, reconocernos individual y colectivamente, es un *locus* material pero también elegido, entendiendo elegir no como seleccionar qué llevar en una compra, sino como compromiso con una posición que se hace cargo de determinado cruce de opresiones. Es un hermanarse con los condenados de la tierra (Fanon, 2001). Entonces "elegir" un marco teórico implica sentirse imantado, atraído, erotizado, compelido por una determinada forma de comprender, explicar, ser y estar en el mundo, una forma historizada, material, contradictoria y proyectiva. ¿Cómo se puede enseñar neutralmente estas cosas o alguna cosa, sin que medie el deseo, la convicción, la posición comprometida con eso que estoy diciendo? Estas preguntas remiten a los planteos de la feminista Hill Collins (2000), y representaron para mí, una suerte de ruptura bachelardiana feminista, porque ya no se trata solo de romper con el error del sentido común para abrazar en sentido científico, sino, como dice De Souza Santos (2006) de inter-penetrar saberes científicos y cotidianos, para una justicia social que debe ser antes cognitiva.

Creo entonces que más que por cuestiones de didáctica, y de enseñar algo de manera clara, ordenada y neutral, reproducimos los enfoques como elementos mutuamente excluyentes por cuestiones de supervivencia de nuestras tribus académicas. La necesidad atávica de construir identidad, de armar grupo, de ordenar nuestra cotidianidad laboral; y la necesidad política de construir un "nosotros" en oposición a un "otros". Bien es sabido que algunos/as nos hemos visto frente a la necesidad de auto-categorizarnos, frente a una otredad que nos imponía denominaciones con las que no nos veíamos en absoluto representados/as: hubo quienes pretendieron definirnos como endogenistas, eclécticos, conservadores, posmodernos. Creo que por mi parte he dado junto a muchos/as compañeros/as una lucha para que un conjunto de posiciones epistémicas y políticas vinculadas al pensamiento nacional, latinoamericano, feminista y popular sean registradas, reconocidas, y valoradas apelando a metáforas como la de pensar situado y la descolonialidad. Ahora bien, me permito lanzar la pregunta: reconocer dos, tres, cuatro enfoques contemporáneos del Trabajo Social bien delimitados y diferenciados... ¿Es la mejor manera de construir grupalidad e identidad hoy? ¿No habrá otras? O al menos, ¿no podremos tramitar de manera diferente esta existencia de enfoques diferentes y sus potenciales diferencias y exclusiones? Recordemos la potencia del desacuerdo que Rancière nos señala. Y retomo aquí lo que

Ana Arias en diversas intervenciones ha sostenido: más que proyectos ético-políticos profesionales diferenciados y en litigio, lo que tenemos que discutir son proyectos populares societales, y nuestra mejor forma de acompañarlos.

Sintetizando mis preguntas sin respuesta digo: ¿existe algo así como un enfoque liso y llano sin texturas y tensiones? ¿Cómo podríamos decir por ejemplo que el enfoque histórico crítico es un modelo con contornos delimitados, cuando revisamos sus genealogías y vemos que Lukács fue tan hijo de Marx como de Weber? ¿qué hacemos con ese comprensivismo, cómo lo enganchamos con lo que entendemos por marxismo? ¿Y cómo podemos leer detenidamente la definición de Montaña (2004) del proyecto ético-político sin registrar una cantidad importante de apelaciones a perspectivas diversas y hasta contradictorias, es decir, una práctica ecléctica proveniente de quien más castiga al eclecticismo? ¿Y cómo unificamos la propia crítica de lo colonial y sus debates entre lo pos y des colonial, sus fracturas, el lugar problemático que el posestructuralismo y el marxismo tienen allí dentro? ¿Existe un enfoque que sea “un” enfoque? Y en relación a esto, ¿Es la mejor manera de ordenar los contenidos de un doctorado, enseñar en sus cursos los distintos “enfoques”? Y si no es esta la mejor manera, ¿Cuál sería la forma más potente? ¿O cómo podríamos al menos advertirnos de las facilidades y las limitaciones inherentes a la decisión de organizar los debates atendiendo a la diversidad de líneas que habitan el Trabajo Social?

Para clarificar estas intuiciones, digo que cartografiar es útil. Es decir, no estoy hablando en absoluto de abolir todo tipo de referencia teórica. Los discursos contienen estructura, elementos estables, capas (políticas, filosóficas, epistémicas, teóricas, metodológicas), efectos. Podemos analizarlos, reconocer puntos de acuerdo, regularidades y notables diferencias. Pero no es lo mismo presentar una clasificación cerrada que una cartografía. Esta última nos permite una relación menos determinista y más productiva. Porque los mapas orientan, pero sabemos que son construcciones de segundo orden. No reproducen la realidad, sino que la dibujan, partiendo de un punto que se asume como punto cero. Los mapas han sido una herramienta del colonialismo. Pero también podemos no solo poner “patas para arriba” el mapa que el Norte construye, sino pensar formas otras de relacionarnos con las cartografías. En Trabajo Social co-existen diferentes posturas epistémicas. Es un hecho. Hay que conocerlas. Es una realidad y una necesidad. Cómo dibujamos ese mapa, y como nos relacionamos con él, son más que hechos y realidades, desafíos por venir.

Pero así como comparto las señales de alertas que se me encienden frente a estas cuestiones quiero compartir también las señales auspiciosas que voy detectando. Y aquí me detengo en esta idea tan potente de matriz teórica que el Doctorado propone. Si buscamos su sentido etimológico, veremos que proviene del latín *matrix*, *matricis* ‘madre’, ‘hembra’; voz introducida en anatomía en la acepción de ‘órgano de la hembra’ por su relación directa con ‘madre’, posteriormente extendida a otras áreas científicas.

Órgano de hembra... Cómo no atar esta metáfora a nuestros debates, en el marco de esta profesión feminizada en la que nuestra subjetividad fuera deconstruida, porque el Trabajo Social nos brindó a cada quien una forma otra de ser y estar en este mundo. Una profesión que nos gestó y que gestamos y parimos en cada clase, en cada aula, en cada intervención. La idea de matriz es un punto de fuga muy valioso para combatir el carácter destripador de la Modernidad y su compulsión por los compartimentos estancos, para pensar las distintas posiciones del Trabajo social como espacios-tiempos de gestación que nunca, nunca, producen lo mismo. Que gestan debates que emergen del cruce de informaciones genéticas (genealógicas) diferentes, que no retienen lo gestado, que lo paren, lo proyectan al mundo sin saber qué será de esa vida que durante un tiempo fue parte de esa matriz para luego diferenciarse. Y así, vemos por ejemplo cómo del cruce de la descolonialidad y el feminismo surgen los feminismos del Sur que expresan y a la vez interpelan sus líneas genealógicas. Y leemos el marxismo latinoamericano de Aricó que contiene y tensa a la vez sus fundamentos marxianos y los del pensamiento de Nuestra América.

Entiendo que este Doctorado, este proyecto político académico al que tanto le debe el Trabajo Social Latinoamericano, ha apostado a un Trabajo Social crítico. Y desde las matrices múltiples en las que fui gestada (siempre bromeo con la composición diversa, ensamblada, de mi familia académica) entiendo que una de las acepciones en la que como colectivo menos hemos reparado de la crítica, es la de la situacionalidad. Para mí un conocimiento crítico es un conocimiento situado. Entonces apostar a un Trabajo Social crítico y situado implica revisar la noción de crítica, no ya reduciéndola a su sentido kantiano, ni homologándola a un solo enfoque dentro de los debates contemporáneos del Trabajo Social. Antes bien supone, como ya nos viene advirtiendo Matus (2012) hace años, reconocer la necesidad de conjugar en plural las posibilidades y desafíos de resistir, transformar e interpelar que nuestra disciplina

tiene en estos momentos, donde las desigualdades y las violencias, históricas y emergentes, reclaman nuestra intervención.

Una apuesta ch'ixi para un Trabajo Social crítico, feminista y situado

De Sousa Santos (2006) nos advierte sobre una sociología de las ausencias, que invisibiliza experiencias e ideas. La Modernidad colonial y sus teorías han minorizado y proscrito de diversas maneras un conjunto importante de saberes, enfoques y metodologías. He cruzado en Hermida (2014) esta idea con la de *curriculum* nulo (Eisner, 1979) para analizar una serie de contenidos y formas de enseñanza que quedan invisibilizados de nuestras propuestas formativas en Trabajo Social.

El ejercicio al que hubimos sido convocados/as, fue el de pensar otra formación posible en el nivel posgradual. Y en esa línea planteo una serie de supuestos y propuestas. El supuesto primero es que hay un conjunto de teorías críticas de alto valor académico y político, invisibilizadas y/o minorizadas en la oferta posgradual de nuestra disciplina, como son las que denominó como teorías del pensar situado, a saber: los feminismos del Sur, la crítica pos/ des/ colonial, el pensamiento nacional, la filosofía nuestroamericana, y las teorías de las disidencias sexo-genéricas. En relación a esto propongo su inclusión, pero en el marco de construir formas otras de poner en relación nuestros diversos enfoques. Me refiero a no adicionar estas perspectivas con un seminario optativo, sino a permitirnos lo que Rivera Cusicanqui enunciaría como práctica *ch'ixi*, tal como explicaré en este apartado.

Algunas de las ideas que en este apartado desarrollo las compartí en Hermida (2018) en el Encuentro Cono Sur de ALAEITS en la UNL. Allí me preguntaba por la posibilidad y la potencialidad de cruzar aportes del marxismo y del pensamiento nuestroamericano para reinventar un Trabajo Social crítico y situado.

Frente a potenciales impugnaciones respecto a la pertinencia de “mirar hacia atrás” o de traer experiencias y saberes de la histórica praxis nuestroamericana, cuando lo que acucia al Trabajo Social hoy son demandas muy concretas, específicas y hasta “novedosas”, me permito hacer solo una breve aclaración. Estas problemáticas que abordamos encuentran en sus genealogías la marca de la herida colonial y se reproducen por medio de lógicas que podemos analizar a partir de las denominadas colonialidades del ser, del saber y del poder⁴, convirtiendo nuestras sociedades actuales en presentes abigarrados (Zavaleta Mercado, 1986) donde conviven lógicas temporales diversas. Los sucesos actuales de Chile, Bolivia, Colombia, Haití, pueden leerse en esa clave. No es que presentificamos el pasado, sino que el presente está habitado por esas lógicas coloniales que las teorías modernas suelen ignorar.

Frente a la impugnación respecto de la impertinencia de cruzar, mixturar (no hibridar) enfoques diversos como son el marxismo, el feminismo y las teorías de lo colonial, me remito a la propuesta de Rivera Cusicanqui, para quien lo mestizo y lo *ch'ixi*

“Da cuenta de una realidad donde coexisten en paralelo múltiples diferencias culturales, que no se funden sino que antagonizan o se complementan. Una mezcla no exenta de conflicto, ya que “cada diferencia se reproduce a sí misma desde la profundidad del pasado y se relaciona con las otras de forma contenciosa.” (Prólogo de Tinta Limón en Rivera Cusicanqui, 2010, p. 7).

Se trata de apostar a un pensar complejo, que no integre, que bucee en las complejidades y las contradicciones.

Las grillas de análisis del pensamiento moderno eurocéntrico habilitan determinados interrogantes, a la vez que obturan otros puntos de vista desde donde aproximarnos a nuestra realidad. Creo que en Ciencias Sociales en general, y en Trabajo Social en particular, tenemos una deuda pendiente con estas tradiciones que van desde las cosmovisiones de las grandes civilizaciones maya, azteca e inca, a una diversidad de procesos de resistencia y revolución, malones, cimarronaje, quilombos, revueltas, y disputas de hegemonía, que intentaron propagar, o al menos defender, el ideario de ciertos estamentos subalternizados por cuestiones de raza, género, orientación sexual, nacionalidad, clase social de nuestras

⁴Entiendo la colonialidad, como el “patrón de poder que emerge en la relación con el colonialismo moderno y que perdura, incluso, una vez que la relación de sometimiento (explícito) desaparece. Por consiguiente, la colonialidad es aquello que aún hoy sobrevive como efecto de inscripción del poder colonial sobre los cuerpos y las narrativas” (De Oto, 2012, p. 53).

sociedades aun hoy coloniales, a través de la escritura y de la acción directa. Desde el genocidio de pueblos originarios iniciado en el siglo XV y aún vigente, hasta nuestro presente convulsionado, nuestra América sigue resistiéndose a ser leída desde perspectivas foráneas. Quizás sean los terribles y dolorosos procesos que ocurren en Bolivia en estos momentos, a partir del golpe de Estado, la quema de la Wiphala y los más de treinta y cinco asesinados por la dictadura; así como las feroces represiones y violaciones de Derechos Humanos que el gobierno de Chile está perpetrando, los hechos que refrenden de manera más cruda el cruce de opresiones que la modernidad capitalista colonial y patriarcal ejerce. Frente a esto, entiendo que la mixtura de prácticas y discursos de nuestros territorios nos ha legado una serie de traiciones de pensamiento y acción de profundo valor performativo y estratégico para cumplir con los principios e incumbencias de nuestra disciplina. El carácter eurocéntrico, clasista y androcéntrico de nuestra académica ha subalternizado sistemáticamente esos saberes. Libros que hemos abrazado por su potencia política e intelectual, los hemos leído en la militancia, en el pasillo, en los bordes, suponiendo que no deberían inspirar nuestras prácticas profesionales. El aula en más de una ocasión, no ha sabido tender los puentes necesarios. Hoy la urgencia política nos reclama apostar a esa justicia cognitiva postergada e ir a la búsqueda y revisión crítica (es decir aguda y a la vez desprejuiciada) de esas tradiciones, si lo que queremos es comprender y transformar nuestras realidades de violencia, opresión y desigualdad.

Me permito sin embargo expresar, que este gesto reivindicativo de los saberes propios de Nuestramérica, no obtura nuestra persistente voracidad por conocer, interpelar, reconfigurar los aportes de teorías y formas otras de ser, de distintas partes del globo, incluida la academia del Centro global, de la que también han surgido potentes herramientas para la crítica, en donde los maestros de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud) entre otros/as muchos/as han aportado. Algo sobre esos procesos de mixtura, de diálogos y confrontaciones creo que valdría la pena incorporar en los debates de nuestras formaciones posgraduales. Si no hay espacios curriculares previstos en nuestras propuestas formativas para ensayar cruces, límites, antagonismos y complementaciones entre nuestras diferentes tradiciones y prácticas discursivas, será difícil propender al ejercicio de la crítica en su sentido más pleno.

Pensar cruces entre diferentes tradiciones nos ubica frente a un problema. Pongamos como ejemplo la iniciativa de ensayar cruces entre el marxismo y el pensamiento nuestroamericano. Allí observo una suerte de secuestro epistémico de la obra de Marx por parte de un sector del Trabajo Social que por momentos, pareciera atribuirse cierta exclusividad del carácter crítico, describiendo como pensamiento endógeno, ecléctico e incluso reaccionario, a toda otra expresión que no se referencie de forma directa en la obra de Marx leída desde los aportes de Lukács y su ontología⁵. Retomando algunas de las experiencias de cruce entre el marxismo y las tradiciones nuestroamericanas, como advierte Fornet Betancourt (1991), podemos concluir que nunca existió algo así como un marxismo puro e implantado sin más en Nuestramérica sino más bien diversos momentos de una relación por más fructífera desde el siglo XIX a la fecha. Quienes apuesten a un divorcio epistémico del marxismo (cercenándolo en general a la ontología lukacsiana) del resto de las teorías, incluidas las latinoamericanistas y/o pos/des/coloniales, no reparan en el hecho de que incluso las mismas obras de Marx y Lukács fueron el resultado de la puesta en diálogo de diversas tradiciones. E insisten, siguiendo los planteos de Montaña (2004), en rechazar como "reformismo" todo intento de reforma política y social, sosteniendo un posicionamiento opositor a las expresiones políticas de nuestra América, de principio de siglo XXI en países como Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, Ecuador, entre otros. Lo que quiero enfatizar es que los marxismos latinoamericanos, o los pensamientos nuestroamericanos que hicieron uso de la caja de herramientas marxista, desarrollaron una escucha de los procesos populares de su tiempo, y lejos de obturarlos, los acompañaron, con y más allá de las contradicciones que habitan todo proceso social. No utilizaron las máximas marxianas para permanecer en torres de marfil, sino que se ensuciaron con el barro de la historia, ampliaron su corpus de referencia a voces del llano. Quiero decir que no hay enfoque que nos resguarde del peligro de encerrarnos en los claustros. Y esto nos cabe a todos/as, y requiere una vigilancia epistemológica constante, y un debate permanente que nos ayude en la empresa

⁵Así, los enfoques que abonan a un pensar situado son en ocasiones significados como "no críticos" por habilitar cruces con textos de tradiciones latinoamericanistas, poscoloniales, descoloniales, y otras que, más allá de su potencialidad intrínseca, e incluso de sus diálogos explícitos con el pensamiento crítico libertario y en muchos casos marxista, son significadas como "posmodernas" sin dar en muchos casos mayores argumentos a esta clasificación.

de aportar, desde la diversidad, a la construcción del Buen Vivir, y al acceso de Derechos⁶.

En esta línea entiendo que el área central del Doctorado de la UNLP, tiene la oportunidad histórica de hacer parir esas matrices críticas. De reinventar el territorio del aula posgradual para que en ella pueda darse la crítica del capitalismo, del patriarcado y de lo colonial, desde un pensamiento nuestroamericano e interseccional. Y para ello, un primer movimiento, urgente y necesario, sería el de hacer que determinadas tradiciones como los feminismos del Sur, el poscolonialismo, el giro descolonial y el pensamiento nuestroamericano, dejen de revestir carácter de *curriculum* nulo y pasen a formar parte del *curriculum* explícito de nuestras carreras de grado y posgrado.

Y si hasta aquí enfatizamos la herida colonial y la de clase, creo pertinente que podamos poner en escena de manera prioritaria también la cuestión de las disidencias sexo-genéricas. Esto implica problematizar la idea de “enfoque de género” y sus potenciales sesgos heterosexuales y blancos. Creo entonces que es un momento especialmente pertinente para problematizar desde Trabajo Social, el canon hegemónico de producción de conocimiento en Ciencias Sociales anclado en el paradigma colonial moderno heteropatriarcal blanco, como propusieramos recientemente (Failla, Hermida y Roldan, 2019). Incluir la perspectiva de género en el posgrado y que este movimiento tenga potencia crítica, implicaría una necesaria torsión, para cuestionar la captura que sobre el significante “género” se produce, toda vez que busca disciplinarse su uso reduciéndolo a una mirada singular para un repertorio de problemas específicos. Proponemos pensar el género resignificado como metáfora para acercarnos a un nudo de perspectivas insurgentes. Género ya no como repertorio de problemas sino como perspectiva pluriversa de análisis, activismo y transformación. Género como significante no ontologizante, que articule con la crítica de los binarismos, con las potente performatividad de los discursos de las disidencias. Género ya no como canon de estudios desanclados de las teorías con mayúsculas, sino conjunto discolo de prácticas sentipensantes y activistas de construcción de un mundo otro. Género reconceptualizado desde un pensar situado, como oportunidad para desarmar las prácticas academicistas machocentristas, las formas de producción del saber colonizadas por el acervo de hábitos modernos patriarcales racistas y capitalistas. Los feminismos situados y sus articulaciones con estos diversos discursos anti-binarios, críticos del capitalismo y descoloniales, son perspectivas indisciplinadas capaces de reinventar las disciplinas modernas y sus vetustas recetas. A la vez que nos permiten abordar los fenómenos contemporáneos de la herida colonial patriarcal, caracterizados por el avance de la derecha neofascista, el neoliberalismo y los grupos fundamentalistas en nuestra América, con mayores chances de comprensión, transformación y reinención. Este feminismo que re-conoce las disidencias y encuentra allí claves epistémicas y políticas para la transformación, tiene mucho para aportar en el área central de este Doctorado en particular, y en las políticas curriculares de Trabajo Social en general.

(In) conclusiones

El encuentro parte de la constatación de sabernos limitados/as y necesitados/as del trabajo colectivo si es que queremos hacer algo más que transcurrir. En el Seminario de Doctorado que dio origen a estas y otras muchas reflexiones, nos dimos cita para preguntarnos cuestiones que habitualmente no nos permitimos preguntar. De esa forma pudimos horadar algo del gesto colonial, violento y meritocrático de la academia. Y sonreímos. Y nos movimos de nuestra zona de confort, hacia la apuesta colectiva de reinventar la crítica y la emancipación social (De Souza Santos, 2006).

Este trabajo fue amasado entre dudas, intuiciones, búsquedas, certezas, esperanzas y gratitudes. Entre ellas, apunté la idea de pensar qué es enseñar en un Doctorado en Trabajo Social, para cuestionar el modelo profesor-céntrico, contenido-céntrico, más funcional a repetir un canon sacralizado que a construir un corpus profano con potencia liberadora. Propuse que reconozcamos la potencia de la idea de matriz y cuestionemos algunas de las representaciones que tenemos respecto de la clasificación de nuestros debates y formas de resolver este oficio imposible que es el Trabajo social en enfoques con fronteras definidas, apostando a unas prácticas *ch'ixi*, discolas e indisciplinadas que soporten la no síntesis integradora.

⁶Estas cuestiones han eclosionado en estos días a propósito de los posicionamientos de diversos intelectuales provenientes de distintas tradiciones de izquierda y del feminismo, en relación con los sucesos de Bolivia. La polémica implicó posiciones encontradas entre quienes evaluaron que la coyuntura era propicia para marcar los errores de Evo Morales, y quienes creemos prioritaria la denuncia directa y sin fisuras de un proceso de interrupción del orden democrático que viene implementándose con una violencia directa y aberrante sobre el pueblo indígena, los sectores populares organizados y las mujeres.

Creo que no hay potencia crítica en un eco que sólo repite, (sin analizar activamente convergencias y divergencias) los gritos de opresiones de otros lares y otros tiempos. Y digo que sin diversidad epistémica no podemos abogar por diversidad cultural, y sin reconocimiento de las subalternidades epistémicas, tampoco podremos combatir las subalternidades políticas, sociales, económicas, de género y orientación sexual.

Ya Matus (2012) nos advirtió sobre esta cuestión, afirmando que la criticidad no es posesión de ningún enfoque epistemológico. Las notas que diferencian una teoría crítica de una teoría tradicional, claramente abordadas por Horkheimer (2003), nos permiten precisar que la preocupación del pensamiento crítico no es única ni necesariamente de contenido, en el sentido de citar, eterna y mecánicamente a autores de determinada tradición, dogmatizándolos. Éste ejercicio se vincula más con la teoría tradicional, cuyo modus operandi es el de la contrastación de una teoría ya definida, con una realidad contingente. Un ejercicio de la crítica sería, por el contrario, el de avizorar los mecanismos por los cuales determinados/as autores/as, supieron dar cuenta de las contradicciones de su tiempo (que no necesariamente se puedan transpolar sin más al nuestro). Así, la propuesta de la teoría crítica frankfurtiana es la de ejercer una dialéctica negativa, de elucidación de lo por-venir no existente a partir de lo existente. Así el feminismo del Sur de Segato y el poscolonialismo de Chacravarty nos advierte sobre el resto prejuicioso inherente a todo conocimiento, incluido el autodenominado crítico ¿Podríamos pensar en un Trabajo Social crítico-otro, pluriverso e imbricado en la historia, donde la propuesta no esté ya determinada sino que sea del orden de la invención crítica? Aprovechemos esta oportunidad histórica.

Bibliografía

- Aquín, N. (2006). Reconstruyendo lo Social. Buenos Aires: Espacio.
- Borón, A. (2007). Reflexiones sobre el poder, el estado y la revolución. El tema del poder en el pensamiento de izquierda en América Latina. Córdoba: Ediciones Espartaco.
- Bourdieu, P. (1999). Intelectuales, política y poder. Buenos Aires: EUDEBA.
- Cazzaniga, S. (2015). Trabajo social: entre diferencias y potencialidades. Tendencias & Retos, n° 1, vol. 20, pp. 93-104.
- De Oto, A. (2012). Frantz Fanon en el siglo. Sobre ciertas persistencias en el pensamiento latinoamericano. En De Oto, A. (edit). Tiempos de homenajes/ tiempos descoloniales: Frantz Fanon América Latina. Buenos Aires: Del Signo
- De Sousa Santos, B. (2006). Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires). Buenos Aires: Clacso ediciones.
- Deleuze, G. (2009). Crítica y clínica. 3ra edición. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Eisner, E. (1979). The educational imagination: on the design and evaluation of school programs. New York: Macmillan
- Fanon, F. (2001). Los condenados de la tierra. México: Fondo de Cultura Económica.
- Finkel, D. (2008). Dar clase con la boca cerrada. PUV. Barcelona.
- Fornet-Betacourt, R. (1991). Transformación del marxismo, historia del marxismo en América Latina. México: Plaza y Valdés-Universidad Autónoma de Nuevo León. Disponible en: <https://www.scribd.com/document/87128163/El-marxismo-en-America-Latina-Raul-Fornet-Betancourt>
- Foucault, M. (1968). Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González Saibene, A. (2011). Conocimiento, intervención, transformación. En Cazzaniga, S. (comp). (2017). Entramados conceptuales en Trabajo Social: categorías y problemáticas de la intervención profesional. Paraná: Fundación La Hendija.
- Hermida, M. (2014). El curriculum que prescribe y que proscribire. Por una didáctica de las ausencias en Trabajo Social. Revista de Educación, n°7, vol. 1, pp. 327-346.
- Hermida, M. (2018). Cruces entre marxismo y pensamiento nuestroamericano para un Trabajo Social situado y crítico. Ponencia presentada en el Encuentro de la región Cono Sur de ALAEITS. Dilemas y desafíos para la formación y la intervención en contextos neoliberales. Hacia la construcción del estado de la cuestión en materia de formación, investigación y extensión del Trabajo Social en nuestra región, en la Universidad del Litoral, los días 31 de mayo y 1 de junio de 2018.
- Hill Collins, P. (2000). Black feminist thought: Knowledge consciousness and the politics of empowerment. London/ New York: Routledge
- Horkheimer, M. (2003). Teoría crítica. Buenos Aires, Madrid: Amorrortu

- Matus, T. (2012). El debate sobre las teorías críticas en la formación profesional. Conferencia en XX Seminario Latinoamericano de Trabajo Social.
- Montaña, C. (2004). Hacia la construcción del Proyecto Ético-político Profesional crítico. Ponencia presentada en el XVII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social ALAETS, realizado en Costa Rica, durante el mes de julio. URL: <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/congresos/reg/slets/slets-018-045.pdf>
- Rancière, J. (2007). El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual. Buenos Aires: Libros del Zorzal
- Rancière, J., 2010, (1996) El desacuerdo. Política y Filosofía. 1ra edición. 2Da reimpresión. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Buenos Aires: Tinta Limón. Disponible en: <https://chixinakax.files.wordpress.com/2010/07/silvia-rivera-cusicanqui.pdf>
- Segato, R. (2016). La guerra contra las mujeres. Traficantes de sueños.
- Zavaleta Mercado, R. (1986). Lo nacional-popular en Bolivia. Mexico: Siglo Veintiuno.